

Los tiempos

Los huertos de una Barcelona rural todavía no extinta **Texto Sergi Garcia Fotos Marc Arias**



01 Huertos en la Satalia, frente al Poble Sec

02 Huertos en la Clota, regados con agua almacenada en albercas

03 Macho de sapo partero, una valiosa especie ('Aliytes obstetricans') con la puesta a cuestras

04 Balsa de riego y antiguo lavadero de la Clota

05 Corral típico de una casa de la Clota

06 Joan Puig, arreglando un rosal en su huerto

tivo ecológico y favorecer el empleo de variedades locales de hortalizas", comenta Ana. En el interior de uno de ellos, a un costado, contra un ribazo, pugna por no ser engullida por la vegetación la fuente de la Mina, que guarda el recuerdo de lo que fue en forma de humedad persistente; en otro, excavada en la roca "por los judíos", según un vecino, arranca propiamente una mina que alumbra un buen caño de agua y que en tiempos alimentó una balsa de proporciones notables; cien metros de túnel que penetra en las entrañas de la montaña en busca del agua escondida, de la que aún beben algunos vecinos. Las fuentes, otrora señas de identidad de Montjuïc y que sirvieron de lugar de recreo y solaz de quienes no podían permitirse ir más lejos, agonizan en el olvido.

Con estos mimbres, agua, tierra, sol y parcelas libres, no es de extrañar que la actividad agrícola sea variada, y en algunos casos, sorprendente. Las parras del orensano Manuel Álvarez están cuidadas con esmero. En septiembre se celebra una vendimia particular en la Satalia. Manuel recogerá los racimos sazonados del verde fruto, los apilonará en un pequeño la-

gar, los pisará, extraerá el mosto y criará vino, un blanco de una calidad aceptable; explica cuánto le costó al principio dar con la fórmula para que no se le acabara convirtiendo en vinagre: "Elaboro unos 200 litros; es para consumo doméstico y para regalar a los amigos" se apresura a aclarar. Vino de Vega Satalia.

Barrios afortunados, los ritmos de la naturaleza no han perdido aquí su pulso, su latir. La llegada de las golondrinas y los vencejos, el sibilante canto de los sapos parteros, la fructificación de los limoneros y cerezos, la caída de la hoja del almendro... Sin duda estos rincones, tan disímiles de la turística Barcelona de diseño, deben ser protegidos, salvados del ladrillazo, y no ya por el valor cultural, natural o paisajístico que atesoran, o por su peculiaridad, sino por lo intangible del goce que destilan, como el que encontró el monje que, según una cantiga de Alfonso X el Sabio, rogó a santa María que le mostrara qué era el bien que se disfrutaba en el paraíso. La Madre de Dios accedió, hizo entrar al monje en un huerto, y junto al rumor de una fuente, quedó embelesado por el canto dulce de una avejilla...●